

# Fresca percepción del Pontífice

Si algo ha quedado dramáticamente ratificado con la decisión de Juan Pablo II de viajar a la Argentina y orar aquí, como lo está haciendo estos días en Gran Bretaña, "por la victoria de la paz sobre la guerra", es la vigorosa personalidad pastoral del Pontífice y el resuelto estilo con el que se niega a subordinar su misión a consideraciones legítimas pero mezquinas como son las relativas al "prestigio" o la "seguridad".

Cuando los cardenales Aramburu y Primatesta llegaron días atrás a Roma, Juan Pablo II ya tenía adoptada su determinación de viajar a la Argentina y todavía buscaba algún hueco en su intensa actividad para terminar de escribir la conmovedora carta que dirigió a los argentinos, un verdadero compendio de humildad y delicadeza pastoral. Una vez más, así, las actitudes del Pontífice cobraban el valor de un mensaje y sus gestos se empujaban por encima de las palabras. Así ha ocurrido, más de una vez, desde el comienzo de su pontificado, y esa manera de ejercer e interpretar su misión configura uno de los rasgos más propios y característicos de la personalidad del Papa "que viene de lejos".

Diríase que Juan Pablo II mantiene fresca e inalterada una especial percepción que no se ha visto turbada ni relativizada por la magna responsabilidad que ejerce. Es esa percepción que ahora le dictó un gesto paternal como el que origina su inédito e histórico viaje, la que lo habilita a romper toda mediación y a sostener esa directa y conmovedora comunicación con las multitudes.

La misma por la cual, con frecuencia, deja de

lado los textos ya preparados para enriquecerlos con los vivificantes signos que recoge de la realidad. Bastará recordar cualquiera de sus viajes, a partir de aquel memorable de México. Entonces, a tres días de haber recorrido suelo azteca, el Papa corrigió más de un discurso para ajustarlo a la realidad que había comenzado a conocer.

Con idéntica frescura e igual apertura de espíritu, hizo ahora a un lado consideraciones fundadas en la prudencia y advirtió que en las "dolorosas circunstancias actuales" debía dar una "aclaración" a los argentinos sobre su viaje a Gran Bretaña "sabiendo que la querréis aceptar como testimonio real de afecto en el servicio evangélico al mundo, y anunciar su viaje "preocupado por la causa de la paz y movido por el amor a vosotros".

Es ése el inequívoco origen de su viaje y no habrá durante su estada en la Argentina ningún gesto, ningún pronunciamiento que no esté abiertamente enderezado a así afirmarlo.

Si algún criterio ha sido indicado a quienes terminan de preparar su estada en la Argentina, es justamente ése: nada debe desviar el sentido esencial de su visita, la primera que un Pontífice resuelve sobre la marcha y como respuesta especial y directa a una situación de guerra.

Por eso, el mismo día de su llegada, el Papa celebrará misa en el santuario de Luján, donde renovará su reconocida devoción mariana, y al día siguiente presidirá otra celebración eucarística, esta vez en Palermo.

Junto a eso, el contacto directo del Papa con la gente, el medio más buscado y deseado por Juan Pablo II para testimoniar lo que con conmovedora humildad dejó dicho en su carta.

El encuentro con las autoridades nacionales y la reunión con los obispos completarán la actividad pontificia, deliberadamente despojada de otros acontecimientos, aun pastorales, para evitar que se desdibuje el empeño exclusivo de su gesto: un mensaje de paz, un acto dilecto de amor para una comunidad, como nunca antes, turbada por la guerra.

Esa actitud y la sola presencia del Pontífice bastará, con seguridad, para desarticular dudas y disipar reacciones, solo explicables por la exacerbación emotiva que origina la lucha armada. Cuando Juan Pablo II ponga pie en suelo argentino y se establezca esa conmovedora comunicación entre el Papa y la gente, las dudas quedarán hechas trizas y los resquemores parecerán una mueca sin sentido.

La presencia del Papa y su inquebrantable prédica en favor de la paz —la misma que está exponiendo en Gran Bretaña— contribuirán, además, a fortalecer el espíritu de los creyentes y a brindarles un cauce reflexivo que muchos han añorado. No han sido pocos los que en estos días, ante las inéditas exigencias del conflicto se sintieron tambalear y hurgaron con preocupación en busca de articular, desde la fe, una lúcida respuesta frente a los acontecimientos.

A la espera del Pontífice, la Comisión Nacional

Justicia y Paz del Episcopado también ha contribuido a esa búsqueda. Podrán los cristianos coincidir o no con el enfoque finalmente escogido por unanimidad por los integrantes de la Comisión —un espectro ciertamente representativo de las distintas orientaciones pastorales del laicado—, pero lo que deberá reconocerse es la fidelidad con que ese grupo ha asumido la tarea que le confiaron los obispos. Sin temer ante los riesgos ni encerrarse en una malsana prudencia, la Comisión preparó un documento que tituló: "Malvinas: la justicia y la paz", en el que busca interpretar "los signos que los acontecimientos aportan para una visión más profunda de la hora actual".

"Ante la realidad de la guerra, más allá de las intenciones y previsiones humanas, más allá de la oportunidad o el mérito de las decisiones; más allá del triunfo o la derrota, pese al dolor de los que sufren y al sufrimiento que compartimos, el conflicto nos ha sacudido al hacernos palpable que Dios obra en la historia y que de la brutal irrupción de una catástrofe colectiva, cual es la guerra, pueden emerger valores capaces de reencauzar la marcha de nuestro pueblo", dice el documento. Se juzga allí que se está frente a un nuevo punto de partida y se señala, no sin razón, que la reconciliación es la clave para afrontar el futuro. "Reconciliación interna y reconciliación con nuestros actuales enemigos, como fruto de la paz que debe ser lograda".

José Ignacio López

